

# LA AVENTURA DE MI VIDA

## Viaje al Corazón del Corazón

### Un lugar llamado PAITITI

Quito 2 de septiembre, 2010



Hace tres años, al día siguiente de estar en Las Vegas, en el desierto de Arizona, sentí al levantarme una voz que me decía "Sedona", pues bien, allá es donde debía ir. Le dije inmediatamente a mi esposo – Debemos ir a Sedona-. El pacientemente miró el mapa y constató que Sedona estaba a "sólo" 6 horas de allí.

Sedona es un lugar famoso por los vórtices energéticos, donde se reúne mucha gente de la Nueva Era. Rodeado de

hermosas montañas rojizas y bosques centenarios. Es un hermoso valle a manera de oasis en el gran desierto de Arizona.

Acompañada por una síquica llamada Ángel, visité una pagoda tibetana que aparentemente nada tenía que ver con el lugar, pero que me permitió conectarme con la energía de la Madre Tierra y donde todos los deseos que se vayan manifestando en voz alta, mientras se camina por siete veces alrededor de la pagoda, se convierten en realidad. Pedí por la Misión, por la Humanidad, por mi hijo y entre mis deseos estaban el de ir al Paititi e ir más lejos del Muro de Pusharo, es decir llegar a ese territorio sagrado, pasando el cañón del Mecanto.

Cuando Sixto envió la invitación para participar en el viaje al Paititi, haciéndonos las preguntas ¿por qué? Y ¿para qué? Sentí una gran emoción al contestarlas y una tremenda opresión en el pecho.

#### **¿Por qué deseo ir al Paititi?**

Porque siempre sentí ese llamado y desde siempre me estuve preparando para ir allá.

Preparando mi mente, mi cuerpo y mi espíritu.

Desde pequeña anduve siempre en la selva, conectándome con ella. Y lo he seguido haciendo.

Soy parte de ella. Estoy preparada para una larga travesía.

Llevo al Paititi en mi corazón.

#### **¿Para qué?**

Para conectarme con la energía y sabiduría maravillosa de los seres evolucionados que allí moran y luego ser capaz de compartirla a nuestros semejantes y servir de puente para las futuras generaciones para que vivan en un mundo de amor y paz

Deseo acercarme a ese lugar maravilloso donde todo es IN DIOS.

Deseo ayudar al gran Plan y a la Humanidad, y estoy dispuesta a darlo todo, hasta la vida.

Si Dios me permite llegar allá, simplemente me dejaré guiar.

**"PARA QUE CAMINEMOS TODOS HACIA DIAS DE LUZ"**

Susana

Luego me llegó la respuesta en forma de una lista donde costaban los trece integrantes de esta gran expedición. Si, allí estaba yo. No podía creerlo.

Cerré por un instante los ojos y comenzó a pasar mi vida como una película. ¿Por qué a mí? Si hay tanta gente en Misión Rahma con tanta experiencia y preparación. Yo no soy antena (persona que recibe los mensajes o sicografías de seres extraterrestres, de otros planos y dimensiones), sólo miro con el corazón y siento con los sentidos más sutiles. Mi misión, mucho antes de tener mi nombre cósmico, ha sido de ayuda, y realmente disfruto ayudando y apoyando a los Hermanos del grupo Rahma que están dando todo por compartir su mensaje. Mi nombre cósmico es AMIXUR y según la terminación UR, hemos sido pueblos emprendedores y tenaces. Se nos ubica en la civilización Aramaica y Siria.



Ahora comprendo la gran emoción que sentí al mirar la imponente puerta de Babilonia en el Museo Alemán de Berlín. Allí estaba, sacada de cuajo por las tropas Nazis desde la gran ciudad de Babilonia, trasladada hasta ese lugar en piezas y luego vuelta a armar como un rompecabezas.

Es una maravilla de ladrillos de colores marrones y lápiz-lazuli, aún brillantes, soportando el paso de los milenios.

La sentí como si fuera algo mío, de un pasado remoto que trataba de recordar. Deseaba tocarla pero no estaba permitido. Simplemente me quedé mucho tiempo mirándola, no se cuánto. Como si quisiera grabar en mi mente cada detalle de su exótica belleza. Cuando le conté a Sixto esta vivencia me dijo “-Cuántas veces habrás pasado por esa puerta”-

Días después y con mucho dolor y bajo el requerimiento de mi esposo, me atreví a abrir la computadora de mi hijo Germán, quien falleció hace tres años. En el escritorio estaba un ícono “Para Mamá”. Allí me explicaba el por qué había sido escogida. Este era un mensaje que lo sentí más que nada suyo que trataba de hacerme llegar justamente en el momento en que más lo necesitaba

## MENSAJE DE GERMÁN

Siguiendo tus pasos a lo largo de la historia hemos visto tu crecer en la Misión.

Has superado mil barreras y has hecho que la conciencia se expanda en mucha gente. Te felicitamos por todos tus esfuerzos en los cuales has participado hasta llegar acá. Te recordamos que tu misión ya viene establecida de vidas pasadas y tú has sido una de las iniciadas desde hace mucho tiempo.

Tu pasado es fiel a tu presente y estás cumpliendo con todo objetivo. Sigue fuerte en tu andanza y verás que los caminos se te abrirán con facilidad. Tú ya ves cómo la Misión está haciendo que las cosas sucedan en tu caminar. Sigue fuerte en tus pasos y no pares de meditar.

Sigue irradiando amor desde las alturas que con eso ayudas a muchas almas. Proyéctate para irradiar a la distancia.

Nosotros vamos a estar contigo siempre y estarás protegida, así que no tengas ningún miedo cuando des el mensaje que estamos contigo.

Te saludan amorosamente

Oxalc  
Antarel  
Sampiac.

Para las madres todas las palabras de nuestros hijos son música celestial, cual néctar sagrado que nos alimenta y nos fortalece, más aún cuando ya no están. Mi hijo durante estos años me ha hecho llegar hermosos mensajes, luego de su partida, que me han mantenido en pie cuando mis fuerzas han comenzado a flaquear. Gracias Hijo Mio. Sé que desde ese plano donde te encuentras siempre me estás tendiendo tu mano. También sé que el momento más maravilloso de mi vida será cuando nos volvamos a encontrar.

Luego llegó un mensaje que decía:  
(Siempre citaré sólo una parte de las comunicaciones recibidas por Sixto Paz Wells)

**“Al Paititi irán los que representen a todos y se hayan preparado física mental y espiritualmente para ello. Son ellos los servidores, aquellos que siendo pocos van en nombre de muchos.**

**Sepan que las fronteras se han corrido porque en su momento la puerta fue abierta de tal manera que ahora el portal va con la madre, y esta se ha movido hasta el pie de la montaña del rostro. Allí será la partición. Hasta allí llegarán todos y luego seguirán solos los siete.**

**Déjense guiar y no teman ni a las pruebas ni a la ruta”.**

Con amor  
Sampiac.

Es decir que iría más allá del cañón del Mecanto, específicamente,; Hasta la Montaña del Rostro;

Comenzaron a llegarme hermosos mails de hermanos de varios países, Perú, Argentina, entre ellos de Betty Rodao de Uruguay a quien le contesté:

Mi querida Amiga.

Perdona que no te haya contestado antes. Estuve muy ocupada con la visita de Sixto a Ecuador. Hoy me he sentado frente a la computadora para respirar hondo con cada mensaje hermoso que recibo, y trato de entender que eso es cierto, que me voy al Paititi. Es lo más maravilloso que pudo haberme sucedido, así que a prepararse en todo sentido. Sé que es una gran responsabilidad y no voy a defraudarles.

Lo más importante de todo es contar con amigos como Ustedes que nos brindarán todo su apoyo en la distancia

Con mucho amor para todos los hermanos de Uruguay

Susana



Apenas fui seleccionada para viajar al Paititi, comenzó mi preparación espiritual, mental y física. Hace mucho que no había salido a escalar montañas así que mi musculatura no estaba en buenas condiciones. Me levantaba a las 4 de la mañana a meditar, a las cinco salía a trotar y a las siete acudía al gimnasio donde bajo la guía de expertos entrenadores preparaba los diferentes músculos de la espalda y brazos que me permitirían soportar el peso de la mochila, sobre todo me concentraba en los músculos de las piernas y del abdomen. Con el tiempo entendí el por qué y para qué. Mi alimentación también estaba siendo controlada por estos expertos. Mi dieta incluía muchos cereales, granos, frutas y verduras, sobre todo debía tomar vitaminas entre ellas del complejo B.

Volví a saborear las contundentes sopitas ecuatorianas que preparaban nuestras abuelas y que requieren de bastante tiempo de preparación y de cocción. Practiqué el bajar y subir muros con cuerdas. Esto me encanta hacerlo.

No tenía la menor idea de cómo podía ser la travesía del cañón del Mecanto. Mi amigo Juanito, un gran andinista, me preparó en lo que se refiere a cruzar los ríos tensando las cuerdas con una serie de nudos y con la ayuda de mosquetones. Como no teníamos un río cerca, hacíamos las prácticas atándolas a dos arbolitos y claro, todo resultaba perfecto. Pero hay una famosa frase que dice “del dicho al hecho hay mucho trecho”. Estando en la zona del muro de Pusharo, ya les contaré lo que sucedió.

¡Qué hermoso es volver a vivir!

Sentía una gran responsabilidad al ser parte de lo que puedo decir acertadamente sería la “expedición de mi vida”. No puedo negar que estaba bastante nerviosa de no poder estar a la altura de los demás participantes y de llenar las expectativas que se habían creado en torno a este viaje.

Una comunicación decía así:

**“Les necesitamos como un cuerpo único, para que fortalecidos vean las señales que aparecerán a cada paso, que les demostrará que este no es un viaje más, sino aquel que debía hacerse en éste especial momento de la historia planetaria”.**



¡Y yo iba a ser parte de este viaje tan especial!

El Paititi, o la ciudad perdida de los Incas en la selva Madre de Dios, o lo que es lo mismo, el tan buscado Dorado por expedicionarios y arqueólogos que fracasaron en su intento. O un lugar secreto que funciona como Retiro Interior de la Gran Hermandad Blanca que guarda archivos de la historia planetaria. O quien sabe, un lugar donde existen ciudades perdidas “en la bruma de la historia”.



Los nativos Machiguengas (Machu-Incas o los últimos Incas) que habitan a orillas del río Palotoa, siempre se mantendrán en un impenetrable hermetismo cuando se les pregunte sobre la posible ubicación de este lugar. Ellos son los guardianes de antiguo, los que permiten o no el ingreso “más allá del Mecanto”.

Sentía una gran alegría de poder ir físicamente a ese lugar que lo había visto día tras día en un mapa impreso, adquirido en el encuentro mundial de los grupos Rahma en el año 2005.

Corría el año 1977, es decir hace exactamente hace 33 años, cuando decidimos con mi esposo incluir a Cusco en nuestra visita por Sudamérica. En ese entonces vivíamos en Singapur, lugar donde nos casamos.

Nos unió el deseo de viajar y conocer lugares y costumbres de los lugares más recónditos de la tierra.



Ya en el Cusco, recuerdo que al visitar uno de sus museos y prácticamente en la entrada, se encontraba un mapa por lo demás original, parecía dibujado por niños y lo que más me llamó la atención fue una hermosa frase escrita en él. Enseguida sentí que era algo especial, pero no sabía por qué. Me quedé largo rato observándolo hasta que mi esposo me dijo que debíamos continuar nuestro recorrido.

Al salir, nuevamente me detuve delante de él, mirándolo. Sólo recuerdo que hablaba del canto de los pájaros.

-Debemos apurarnos porque hoy continuamos hacia Machu Pichu- me dijo

A lo que le contesté. – Es que tú no entiendes lo que es esto-

De eso si me acuerdo claramente.

El destino es un enigma, nos lleva a lugares menos pensados. Ahora puedo señalar el lugar donde estuve en ese mapa. Puedo colocar mi dedo índice y decir – Miren, esta es la Montaña del Rostro, al pie de esta mismísima montaña estuve yo-

Cuando me preguntaron por qué deseaba ir al Paititi, escribí que **desde pequeña anduve siempre en la selva, conectándome con ella. Y lo he seguido haciendo. Soy parte de ella. Estoy preparada para una larga travesía.**

Vienen a mi mente recuerdos de mi niñez.

(Al centro, un indio Tsáchila)



Mi Madre se quedó sola con cuatro hijas cuando yo tenía menos de un año de vida. En Quito ella no podía subsistir así que decidió aceptar un empleo en un pueblo metido en la selva en la franja costera.

Hace 58 años la zona de Santo Domingo de los Colorados era selva. Apenas lo formaba un caserío de construcciones hechas de madera. Se hablaba de boas y leones sin melena. La habitaban los indios Tsáchilas, diferentes a cualquier etnia conocida. Muy altos y de piel

blanca. Son los que le indicaron al húngaro Juan Moritz la ruta a seguir en su descubrimiento de la Cueva de Los Tayos de nuestra Amazonía. Lugar donde se encuentra uno de los Discos Solares.

Para asistir a la escuelita del pueblo debía caminar diariamente 12 kilómetros, bajo un sol abrasador y lluvias torrenciales. Éramos bastante pobres pero nunca nos faltó la comida ya que ella administraba un pequeño restaurante

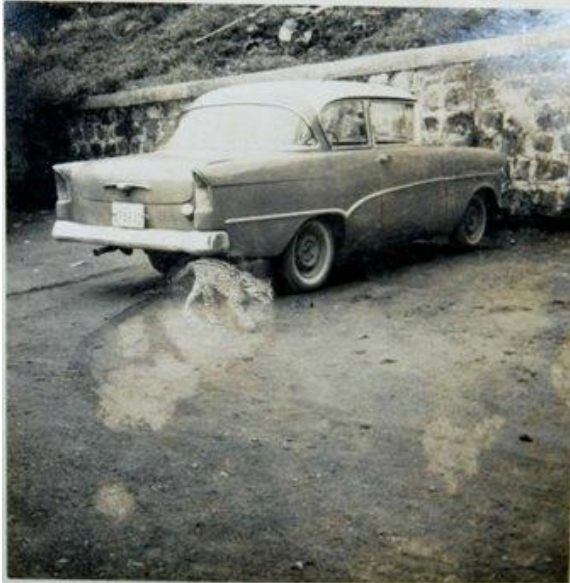
Detrás de mi casa crecía la selva virgen, primaria, es decir no tocada por el hombre. En mis sueños infantiles alguna vez decidí apropiarme de una gran extensión de selva, hasta establecí los límites. Por lo menos eso sería mío.

Cierto día llegó de la gran ciudad una niña hija de un alto jefe y apenas pudo abrió su maleta y comenzó a mostrarme uno a uno sus preciosos vestidos. Yo pensé mirando a la selva. “- Pobre niña, si supiera que todo esto me pertenece”-

Para huir un poco de la realidad organizaba expediciones con mi palomo Pepito. Lo ponía sobre mi hombro y nos adentrábamos solos en esa maravillosa jungla dispuestos a descubrirla. Me trepaba por los troncos de árboles frondosos imaginando que yo era la reina de la selva. Cierta día al ir arrastrándome sobre una rama que pendía por lo menos unos cinco metros sobre el piso, veo que viene a mi encuentro una serpiente. Al vernos las dos nos asustamos y caímos sobre un lecho de hojas secas. Al comienzo no sentí ningún dolor, mas al levantarme me doy cuenta que

de mi pierna, debajo de la rodilla, en la parte interna, se había desprendido un gran pedazo de carne, mas bien de músculo. Había caído justo sobre una filosa estaca que por suerte no me atravesó el cuerpo. Logré llegar a mi casa donde un paramédico tuvo que darme varias puntadas para cerrar la herida.

(Cachorro de tigrillo merodeando por la casa)



Crecí bañándome en ríos de agua cristalina y jugando con los pequeños pececitos que se refugiaban en las orillas. Pasaba largas horas construyendo barquitos de papel y mirando cómo se perdían poco a poco en la corriente. Yo viajaba en esos barquitos hacia el ancho mundo.

Jugaba volando en lianas que descubría junto a los riachuelos o me escondía debajo de las raíces de árboles gigantes. Creo que los Elementales de la selva siempre estuvieron conmigo, cuidándome, ya que justamente debajo de los grandes troncos es donde se ocultan las serpientes.

Aprendí a cuidar los animalitos salvajes que habían quedado solos ya que sus madres habían muerto en manos de cazadores

malévolos. Todos tenían un espacio en nuestra casita: guatusos, cusumbos, monos. Hasta que cierto día dimos la bienvenida a un pequeño tigrillo, una especie más pequeña que el tigre. Lo criamos como si fuera un perrito, hasta solía jugar con mi hermana menor tomando su garganta entre sus fauces. Creció hasta ser un animal adulto y murió víctima de un virus fatal.



Cierto día, mi mamá me envió a traer un chanchito de una finca cercana. Mientras caminábamos por el sendero cuyos lados estaban cubiertos por una maleza bastante tupida, veo que el chanchito se para (bruscamente. En ese instante entró en juego mi instinto de conservación y decidí hacer lo que él hacía. Me quedé casi sin respirar, más aún cuando alcancé a divisar una gigantesca boa, su cuerpo medía por lo menos quince centímetros de diámetro. Atravesaba el estrecho camino contoneando su cuerpo sin comienzo ni

final, sólo pasaba y pasaba. Cuántos metros de largo tenía, no lo sé. Sólo sabía que tenía que quedarme quietecita. Luego de un momento larguísimo que parecía siglos, la boa se perdió en la espesura del monte y el chanchito echó a correr desfavorido. Yo hice cosa igual.

Desarrollé ciertos sentidos que mucha gente de la ciudad los ha perdido, yo también. Agudicé mi oído y mi sentido del olfato, sobre todo me ejercité en intuir el peligro. Y lo más importante de todo, es que aprendí a respetar y amar a la Naturaleza. Observaba cómo cada hoja y cada flor crecían sin interferir la una con la otra y me daba cuenta de que todo estaba en perfecta armonía. Sentía que los árboles se juntaban porque energéticamente estaban bien. Todo estaba bien en la selva. Nuestro error ha sido el querer cambiar estas leyes naturales tratando de sembrar según nuestras conveniencias.

Santo Domingo de los Colorados es actualmente la tercera ciudad más grande del Ecuador



Recuerdo que hace algunos años mientras caminaba por nuestra Amazonía me tropecé con unos montículos de arcilla seca parecidos a conos que sobresalían del suelo. Le pregunté al indio Shuar qué eran y me dijo - Son las casas de las chicharras (una especie de mosca gigantesca), ellas son los guardabosques de la selva, salen a menudo a patrullar y cuando ven que una especie de árbol está creciendo de más, le inyectan un gusano que los pudre y los mata- ¡Qué sabiduría que encierra la selva!

Cuando estuve en Paititi revivía paso a paso mi niñez, libre y hermosa, y en medio de toda carencia material, ¡Tan privilegiada! Volví a sentir el aroma de selva y a escuchar las notas del agua cristalina. En un momento fui tan feliz que pensé. -“¿Qué necesito para quedarme aquí? Sólo estas dos mudadas de ropa, nada más. Aquí es donde pertenezco”-

Y ahora me encontraba en el Cusco con los 12 Hermanos de Misión Rahma a quienes en parte conocía, Sixto Paz Wells, Nimer Obregón, Panchito Sosa y Daniel Lage de Perú, Cristian Sanchez Barros de Argentina, Marcia de Avila, Darío Silva, Hugo Piriz de Uruguay, Jaime Martinez de Méjico, Johnny Luciano de República Dominicana, Argenis Jara de Colombia y Patries Van Elsen de Holanda. A varios de ellos ya les había conocido en el encuentro Rahma de Uruguay.



A pocas personas les está permitido ingresar al mítico Paititi, y nosotros estábamos siendo invitados por jerarquías superiores.

Ya en el hotel del Cusco, no sé cuántas veces armé y desarmé la mochila midiendo y pesando cada cosa que llevaría, creo que lo hacía en parte, para calmar mi nerviosismo.

Estaba muy consciente del peso que era capaz de soportar en largas travesías. Anteriormente ya había participado en expediciones hacia la selva Amazónica en mi país. Ecuador también posee una gran extensión de selva intangible.

Con mis amigos andinistas no solamente escalamos montañas de la serranía, sino también realizamos expediciones con miras a alcanzar la cumbre de volcanes que sobresalen del manto verde. Mi mochila siempre está lista y empacada para cualquier aventura.

En Ecuador tenemos dos volcanes muy activos en plena Amazonía que nos han dado tremendos sustos. Hace algunos años cuando erupcionó el volcán “Reventador” y a pesar de que está a varias horas de distancia de Quito, la ciudad se cubrió de una capa de ceniza de por lo menos un centímetro de espesor lo que le daba un aspecto dantesco.





### **Domingo 8 de agosto de 2010**

Ahora sí, se iniciaba la gran aventura de mi vida.

A las 7:20 de la mañana del día domingo 8 de agosto, salimos del Cusco y nos dirigimos hacia Paucartambo y Pisac. Lugares muy estratégicos en la huída de los Incas de las huestes españolas.

Paucartambo es una ciudad colonial de casas primorosamente enlucidas de blanco donde sobresalen balcones de madera pintados de azul intenso. Sus calles estrechas de vez en cuando son transitadas por indígenas vistiendo sus mejores galas domingueras. Me llamaban mucho la atención la forma de sus coloridos trajes y sombreros y las faldas que llevaban las mujeres, que no eran pocas y todas bordadas a mano. No paraba de tomar fotos. Ya la vida me ha enseñado que las oportunidades sólo se presentan una vez y los mejores momentos hay que conservarlos no solamente en la memoria sino en una imagen duradera. Así que en los últimos años decidí ahorrar y comprarme una buena cámara de fotos.



En el pequeño mercado compramos un pan de gran tamaño, horneado en horno de leña, que más bien se semejaba a una tortilla. Era delicioso volver a sentir el sabor de campo y el olor a leña de hogar que se ha ido perdiendo de nuestras culturas.

Mi espíritu aventurero no me deja en paz, así que mientras los demás compañeros se paseaban por las calles más concurridas y cercanas al mercado, yo atravesé el puente arqueado de piedra y decidí explorar el otro lado del río. Descubrí una hermosa plazoleta de singular tamaño con unas figuras de bronce en el centro que nos daban la idea de los trajes y danzas de la región para celebrar el día de la Mamacha del Carmen, o Virgen del Carmen.





Me dijeron que a esta ciudad suelen bajar los Queros que viven muy alto en las montañas. Ellos son los guardianes de uno de los caminos que conducen al Paititi.

Recuerdo que hace algunos años, me encontraba con mi esposo en Ollantaytambo en el día de Reyes y no nos habíamos dado cuenta de la importancia de esta fecha, hasta que vimos que las montañas se comenzaban a teñir de rojo ya que miles de indígenas vestidos con ponchos

de ese color bajaban a quedarse por varios días en esta fecha tan especial para celebrar con una mezcla de costumbres indias y españolas.

En la plaza central me llamó la atención un grupo de indígenas que llevaban unos gorros coloridos. Ellos me miraron y yo también los miré. Sentí una bonita energía que no alcanzaba a comprender. Simplemente les pedí permiso para sacarles algunas fotos que ahora me doy cuenta son de por sí muy valiosas ya que se trataba de un grupo de Queros. No comprendía que luego serían parte de la historia de mi vida.

Y volviendo a Paucartambo, al salir de esta ciudad divisé una serie de terrazas de piedra adheridas a la montaña. Seguramente de manufactura Inca. Sólo pensé que algún día volvería con más tiempo a visitarlas.



En el sitio denominado Tres Cruces, ya bajando de la parte más alta de la cordillera, pudimos divisar con un paisaje libre de neblina, la ceja de selva que se perdía en un mar verde. Hacia allá nos dirigíamos, hacia la zona protegida del Parque Nacional del Manu. El lugar de mayor biodiversidad del planeta. Donde otorongos (jaguares) viven codo a codo con hombres en parte civilizados y en parte “no contactados” de cuyas huellas pudimos ser testigos durante nuestra travesía.





Días antes, los Queros, guardianes de las alturas de los secretos de los Incas y en especial del camino hacia el Paititi, le habían entregado a Sixto Paz Wells una bolsita de tela cerrada con un cinto Quero, de cuentas blancas, que guardaba 14 estrellas de Misión Rahma. Estaban bendecidas por personas de más alta jerarquía dentro de esa comunidad.

A cada miembro de la expedición se le dio una estrella, lo que nos alegró mucho ya que con esto nos sentíamos bendecidos y a la vez protegidos en nuestro peregrinaje.

Se debía ofrendar a los Apus o espíritus guardianes de las montañas, hojas de coca, para lo cual se nos entregó a cada uno de nosotros 3 hojas, las mejores, para que las depositáramos en lugares claves. Yo busqué un lugar en medio de las ramas de un árbol y elevé mis mejores sentimientos en forma de oraciones a todos los seres vivos de este planeta.

La estrella número 14 la entregamos a Pablo Torres a quien encontramos en el pueblo de Salvación. Miembro de Misión Rahma de Puerto Maldonado, antiguo Subdirector del Parque y que gracias a sus gestiones pudimos obtener el permiso para ingresar al Parque Nacional del Manu. Permiso que había estado vedado a cualquier expedición ya que meses antes un otorongo viejo había atacado a varios indios Machiguengas.

El camino hacia la selva Madre de Dios es lastrado. Serpentea por las estribaciones de la cordillera de los Andes dejando a un lado abismos insondables y es tan estrecho que cuando se topan dos autos, uno de ellos debe retroceder hacia un lugar más amplio para dar paso al otro. Conforme ingresábamos a la selva, la vegetación iba cambiando. En las serranías debido a la violenta sequía, el paisaje se había tornado amarillento y la tierra se sentía sin vida y sin aliento



Contrariamente, mientras íbamos descendiendo el aire se tornaba más cálido, los árboles nos mostraban toda su exuberancia, las cascadas se precipitaban sobre los abismos, las piedras eran cada vez más voluminosas y los pájaros dejaban escuchar su canto. Se sentía la vida en toda su magnitud.

En el sur de Ecuador también la sequía está haciendo estragos. El desierto de Perú, avanza lentamente con sus tentáculos. Hace pocos meses estuve visitando a un amigo ingeniero agrónomo para comprarle unos arbolitos de Polylepsis. Me llamó la atención que su propiedad era la única que tenía muchos árboles. En los alrededores, las chacras eran cuadrados perfectos donde crecían toda clase de hortalizas a base de abonos químicos e irrigadas con aguas sucias de acequias.

-¡Qué bonita propiedad tiene usted!. ¿Qué sucede que no veo árboles en las cercanías? -  
A lo que me respondió. -Los vecinos están muy enojados conmigo. Me dicen que debo cortar los árboles ya que eso atrae a los pájaros que se comen los cultivos.-

Bajando a la selva observaba a través de la ventana del vehículo el hermoso paisaje. Había mucha algarabía en el bus pequeño que se había alquilado. Íbamos cantando canciones de paz y amor. A continuación les transcribo una de ellas:

Bienvenido hombre del cielo  
A nuestro mundo  
Que te acompañe siempre la paz  
La luz de la verdad.  
Hace tiempo te esperamos  
Como al Hermano que se fue lejos  
Y que hoy volvió  
A casa, una vez más  
En tus ojos brillan soles  
De muchos colores

Millones de estrellas  
conocen tus huellas  
Pasado y futuro están en ti  
Bienvenido mensajero  
de mundos nuevos  
hoy mis palabras  
son de amistad  
de amor y libertad  
Rahma, Rahma  
amar, amar

Esta canción y otras también las íbamos entonando para levantar el espíritu mientras caminábamos por la selva



Al anochecer, pasando por el oscuro pueblo de Pilcopata llegamos a Salvación. Un nombre bien merecido, por cierto. Me sorprendía al ver cómo el chofer del bus, en medio de la obscuridad de la noche transitaba sobre lechos de ríos secos hasta encontrar el otro lado del camino. En Salvación, ya muy tarde en la noche, conseguimos un hotel muy familiar donde nos permitieron usar la cocina para preparar nuestra primera sopa de sobre. Aquí empezamos a usar

nuestras provisiones.

En Cusco habíamos adquirido comestibles bajo la guía de los chicos que previamente habían participado en expediciones hacia la selva del Manu. Con mucho entusiasmo, por mi parte, había comprado en Ecuador una buena porción de barras energéticas, por cierto muy ricas en sabor y contenido calórico. Recordaba que cuando salíamos a la montaña con Nimer Obregón, solíamos llevar risotto con hongos de manufactura italiana y que se le consigue en nuestros supermercados. Esta vez quería darle esa sorpresa, así que llené la maleta con varios sobres. También compré fundas de polvo de quínoa-avena, sin saber que a varias personas del grupo no les gustaba la avena. Bueno, esta era una colaboración de mi parte y lo hice con cariño. Al llegar al Cusco mis maletas estaban más llenas de alimentos que de ropa.



No tuvimos tiempo de hacer la repartición ya que las provisiones las compramos el día anterior a nuestra partida, así que los transportamos empacados como estaban.

En el hotel de Salvación y a gran velocidad hicimos la distribución de los alimentos a cada uno de los integrantes de la expedición. Ya estábamos cansados del viaje y era muy tarde en la noche.

Colocamos saquillos sobre el piso, por cada persona y a gran velocidad íbamos colocando los sobres según el peso y el volumen.

Marcia y Darío se esmeraban en mezclar la gran cantidad de nueces y pasas que nos servirían para energizarnos durante la caminata.

Sería el último día que disfrutaríamos de una mullida cama y de un pijama fresco y limpio.



El 9 de agosto, en el kilómetro 250, después de registrarnos en las oficinas del Parque Nacional del Manu, nos dirigimos al embarcadero del río Alto Madre de Dios o Amaru Mayo donde nos aguardaban las tres embarcaciones que nos llevarían hasta Pusharo.

El caudal del río había bajado muchísimo, apenas cubría ni la mitad de su cauce real. Como estábamos cerca de un centro poblado, las orillas del río estaban inundadas de basura.



Cuando vi en una de las canoas dibujado el rostro-corazón me alegré sobremanera. Era mi primer contacto con las energías de Pusharo y con la cantidad de piedras que componían el lecho seco del río.



Allí conocí a Oscar, el jefe Machiguenga. Un tipo corpulento y rudo pero de gran corazón. Los contornos de su espalda eran tan rectos que parecía que le habían acomodado un gancho de colgar ropa. Claro que también era vanidoso. Cada vez que subía a la embarcación sacaba de su bolsillo unas grandes gafas oscuras y se las colocaba. El más anciano de los Machiguengas tenía 85 años de edad. Su pelo era absolutamente negro y tan fuerte y robusto como cualquier hombre joven. Ayudaba a empujar la canoa y me sorprendía de ver cómo se le hinchaban las venas de sus fornidos brazos.



Todo marchaba sobre ruedas. Y ahora comenzábamos a navegar por el gran río Alto Madre de Dios, una verdadera serpiente de agua dulce en medio de la selva. Al comienzo el río se mostraba como un espejo y hasta parecía inofensivo. Íbamos limpiécitos y con nuestros mejores zapatos.



Las cámaras de fotos no se cansaban de disparar el hermoso espectáculo selvático.

De vez en cuando los Machiguengas nos mostraban pájaros escondidos entre las ramas de los árboles.

O divisábamos los nidos de oropéndolas colgando apenas de un hilo de los árboles más gigantescos.

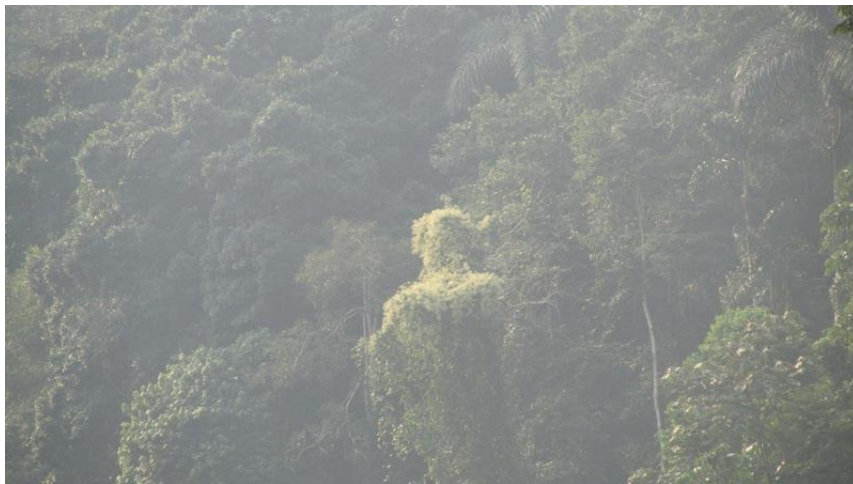
Nimer iba delante, en una canoa que sólo cargaba nuestras mochilas. Me divertía tomándole fotos. Parecía el Rambo de la selva.



En verdad, me encanta la fotografía, para mí es una manera de poder captar la magia de los objetos en una especie de obra de arte y encuadrarla en una foto. A veces es difícil decir con palabras lo que vemos y qué mejor que una fotografía.

Contrariamente Marcia, la que nos bajaba el promedio de edad de todos, tenía la magia de manifestar a través de sus dibujos a la Dama de Luz, la guardiana de ese lugar. La dibujaba con rasgos muy delicados, pelo lacio suelto y dedos finos. En sus dibujos pude sentir con los ojos físicos a ese ser maravilloso que nos acompañó siempre y quien en los momentos más difíciles de la travesía, como fue el viaje de regreso, se manifestó a través de la Naturaleza en la forma de una mujer iluminada por un rayo de sol que por breves segundos nos mostró su rostro y su figura en un árbol cubierto por una enredadera

.(foto de Jaime Martínez)



Al medio día hicimos un alto en una escolita unidocente en el sitio denominado Palotoa-Teparo, donde niños Machiguengas se educan.





En Cusco habíamos comprado con Patries ropita para los niños y niñas. Con los mayores decidimos formar un equipo de fútbol para lo cual adquirimos camisetas de cada país al que representábamos. Ellos estaban deseosos de jugar fútbol a nuestro regreso del Paititi como lo habían hecho en el 2005. ¡Y por supuesto que aceptamos esta invitación!....

Allí conocí al mono Capitán. Decían que solamente se dejaba tocar por los niños ya que era muy arisco.

Sin que nadie se diera cuenta comencé a tocarle la patita, luego la barriga, y por último la cabecita, terminando en mis brazos con los ojos cerrados. Se notaba que disfrutaba de mis caricias. Los Machiguengas se asustaron pero no sabían que yo también me crié en medio de muchos animales.

(Foto de Nimer Obregón)



Desde este punto los varones tendrían que caminar por la selva durante varias horas hasta el siguiente sitio llamado “Tambo” donde los Machiguengas administran una hostería, bien equipada, que les fue donada por una Fundación. Ellos ya están listos para acomodar turistas y guiarles hasta el Muro de Pusharo. Al ingresar a Internet buscando información sobre Pusharo, me sorprendió ver que varias agencias de viajes ya ofrecen tours hasta el muro.

Desde el Tambo había que aligerar la carga de las embarcaciones ya que el río poco a poco disminuía su caudal.

En un momento Patries y yo estábamos solas en una canoa con dos Machiguengas, delante iba el que impulsaba la canoa con un palo lo suficientemente fuerte, para apartarla de las piedras que sobresalían del agua y los troncos de árboles gigantes que aún quedaban en el río víctimas de las torrenciales lluvias de meses antes. Detrás iba el que controlaba el motor.



Tuvimos también que bajarnos para ayudarles a empujar la canoa. Me di cuenta de lo pesada que era y sentí el supremo esfuerzo que hacían los varones cada vez que realizaban esta labor. Pero lo más peligroso era la fuerza del agua que arrastraba nuestros pies por lo que teníamos que sujetarnos con mucha destreza en el borde del peke-peke para saltar sobre ella en caso de resbalar.



Hasta el Muro de Pusharo se puede llegar en Peke Peke, que son canoas impulsadas por un motor fuera de borda, adaptado a los requerimientos del río. Se camina poco en relación a la distancia. Se necesitan de dos días para llegar a Pusharo. Había tramos en los que los nativos y nuestros compañeros debían lanzarse fuera de las canoas para ayudar a empujarlas ya que el

nivel del agua estaba tan bajo que se veían las piedras sobresalir de ella. En algunos lugares, para abrir canales, sacaban de cuajo piedras muy grandes que eran llevadas por la corriente como si no pesaran nada. Realmente íbamos navegando río arriba.



Antes de las cuatro de la tarde, cerca de Aguaroa, levantamos nuestro primer campamento en un espacio pequeño de arena que pudimos encontrar a orillas del río. En la selva oscurece a las cinco de la tarde, por lo tanto durante todo el trayecto tuvimos que buscar un sitio para armar los campamentos antes de esa hora.



Aprendimos a hacer cocinas con dos troncos grandes colocados paralelamente y la leña seca que se encontraba a orillas del río. Antes de partir mis amigos montañeros se sorprendían de que no llevásemos cocinas a gas. Sería imposible encontrar en la selva leña seca. ¡Cuán equivocados estaban! Aún en los palos mojados, si se pela la corteza, debajo dispondremos de una madera seca por excelencia. Todo esto lo aprendimos de nuestros guías Machiguengas.

Habíamos comprado fundas de varias mezclas de cereales en polvo aromatizados con yerbas medicinales, para el desayuno. La cena constaría de sopa de sobres y algo sólido para tener fuerzas. Se había calculado solamente una comida al día y que sería a la hora de armar los campamentos. La “comida de marcha” consistiría en un puñado de varios tipos de nueces mezclados con pasas.

Patries y yo hicimos un menú para 20 días tratando de combinar los ingredientes según las necesidades. Habíamos calculado metódicamente

la cantidad de alimentos para cada día e incluso ayudaríamos a aligerar la carga a los Hermanos que la llevaban en demasía. Como fue el caso de Cristian que llevaba tres kilos de arroz a más de un gran maletín con medicinas. Pues en ese caso, en ese día debíamos cocinar arroz.

Realmente y con imaginación tuvimos una mezcla que nos permitió hacer cenas tipo gourmet. Los Machiguengas en el camino iban encontrando papas, plátanos, a veces frutas desconocidas que nos brindaban.

Estos fueron los nombres de algunos platos:

“Espagueti con salsa boloñesa”, “arroz con hongos”, “crema de verduras con papas salvajes”, “crema de zapallo con quínoa”, “crema de choclo con pedazos de plátano verde”. Aunque nos tocaba un pequeño pedazo de papa ya era suficiente para disfrutar de algo sólido en la sopa.

Nos repartimos las labores de la cocina. Un día cocinaríamos Patries y yo, y otro día lo harían Argenis y Marcia.



No muy lejos del campamento los Machiguengas se preparaban una succulenta cena con yuca y pescado que habían tomado de las aguas transparentes del río Palotoa. Nosotros somos vegetarianos y más aún en este viaje espiritual respetaríamos a todo ser viviente.



Este era nuestro primer contacto con la selva, sus sonidos nocturnos y el cielo lleno de estrellas. Entraríamos, más que nada, en contacto con nuestros temores y aprenderíamos a convivir con personas de diferentes costumbres, de caracteres tan dispares y también de formas de pensar. Esa sería la gran prueba.

En cada conflicto que surgió aprendí que aquella persona estaba en mi camino precisamente para hacerme trabajar mi tolerancia y mi perdón. Es más, sería mi **“Maestro de paciencia”**.

Cito una parte de una comunicación del Guía Oxalc.

**“El viaje que tienen entre manos es una responsabilidad de todos, y un compromiso general de unidad e integración, de conciencia y sacrificio. Es a través de una tarea encomendada como ésta que los evaluamos y ustedes mismos se evalúan.”**

Hay una comunicación al respecto del Guía Sampiac:

**“Durante todo el viaje serán supervisados a manera de un examen colectivo, porque a través vuestro será examinada la misión y a los misioneros, a quienes fueron en representación de todos y quienes son representados y apoyan esta parte del proceso”**.

Desde este momento nos iríamos preparando conscientemente para ser merecedores de ingresar a los territorios sagrados del Paititi, elevando nuestra vibración con buenos pensamientos, sentimientos, matralizaciones y meditaciones. Desde ya debíamos trabajar cualquier desavenencia que habría surgido en el camino. Debíamos empezar a practicar el perdón en todo el sentido de la palabra.



Era el primer anochecer en la selva con la esperanza de un nuevo día luminoso. Ya las luciérnagas apagaban sus lucecitas y nosotros nos sumíamos en unos plácidos sueños arrullados por el sonido del río. ¿Cómo será el día de mañana?, ¿Lo iremos moldeando según nuestra actitud?

Estábamos ya en el lugar de hacer y desear.

Mis amigos me hubieran dicho -¡Qué locura acampar junto a un río y en plena selva! Si, en la jungla los ríos crecen de repente arrastrando todo a su paso. Ni los árboles se salvan, son arrancados de cuajo y llevados por la corriente. Cuando se nota que el agua transparente se torna de color marrón hay que correr lejos del río y ponerse a buen recaudo. A esto lo llamamos “creciente”. Cuando se escucha un sonido estrepitoso a lo lejos -¡Sálvese quien pueda!

Pero nosotros estábamos siendo protegidos.

Cito parte de una comunicación del Guía Oxalc

**Para el viaje al Paititi se ha dispuesto que lleguen y vean más allá de todo cuanto ha sido captado y observado antes. Los viajes anteriores abrieron la puerta y**

**les permitieron cruzar, ahora integrarán dos de los viajes anteriores, tanto en el que cruzaron todos los que fueron como en el que se quedaron la mitad, porque los que les guardarán las espaldas serán todos en unidad. Una vez que crucen escucharán el canto de las aves pero como nunca antes, esta vez sentirán y entenderán; entraran entonces en conexión con la vibración superior y verán...**

**Somos concientes del tiempo y el momento que se vive en la Tierra, por ello se reforzará su protección y se ampliarán las metas y los resultados. El cañón será la puerta que al atravesarla nuevamente les abrirá portales interdimensionales y atemporales definitivos.**

**No dejen de mirar al cielo, tanto los que irán físicamente como los que acompañarán de todas las maneras que han conocido, porque allí estarán las señales importantes, todas ellas activadores de vuestras potencialidades y de vuestro compromiso previamente asumido.**

**Conéctense más a menudo, logrando una sensibilidad permanente porque todos les hablará, guiándolos y acercándoles adonde se os ha convocado en representación de muchos.**

Con amor Oxalc.

Así que, buenas noches y dulces sueños.



El 10 de Agosto muy temprano preparamos el desayuno, levantamos las carpas y continuamos hacia Pusharo, parte en Peke Peke y el tramo final lo hicimos caminando por primera vez sobre las piedras.

Tenía mucha prisa en llegar al Muro de Pusharo. Al ser seleccionada para el viaje al Paititi, éste era mi objetivo final ya que pensaba que me quedaría en el muro apoyando a los que pasan el cañón del Mecanto.

Fue una alegría al saber, según las comunicaciones, que todos pasaríamos el cañón.





Mientras navegaba en el peke-peke, mucho antes de llegar a Pusharo sentí que la emoción me embargaba. Al fin estaba allí, dispuesta a dar todo de mí. Sentí que las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Aunque no se me note, soy muy llorona. Me enternezco tanto con el canto de un pájaro como con el último resplandor del sol en el atardecer. Y siempre lloro a solas.



Había una gran camaradería entre todos nosotros. Nos reíamos de todo. Creo que la risa sana también eleva la vibración y engrandece el alma.

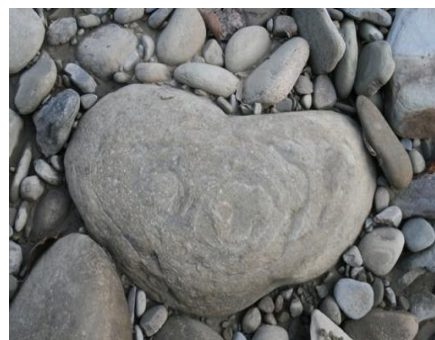
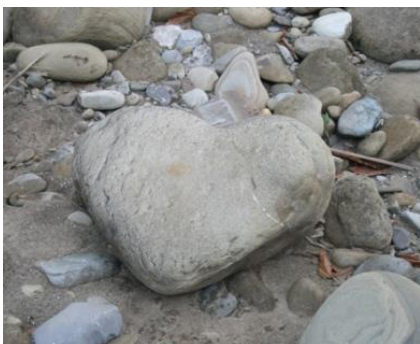
Encontré en el camino unas plumas amarillas y cafés de alguna oropéndola que las había dejado allí. Conforme iban llegando los compañeros las colocábamos en los sombreros y les bautizábamos como la Hermandad de la Pluma Dorada.

Nunca debemos dejar de ser niños y disfrutar de las cosas pequeñas.

Debemos volver a sentir el aroma de las flores y a contar sus pétalos. A mirar la textura de sus hojas. A imaginar el microcosmos que encierra cada de sus moléculas. Con la prisa de nuestro diario vivir hemos olvidado todo esto.



Como respuesta a este estado anímico maravilloso empezaron a aparecer hermosas piedras en forma de corazón. La cantidad era inaudita, rebasaba todo índice de probabilidad, una tras otra, de diferentes tamaños y textura. Y así fue durante toda la expedición. Era como si la naturaleza hablara a través de ellas, brindando su amor a los viajeros del tiempo y de la vida.



Llegamos a Pusharo a las 12:33.



El caminar sobre las playas cubiertas de piedras me permitió estar en un constante estado de concentración por no decir, de meditación. Tenía que calcular cuidadosamente el siguiente paso a dar para no caerme, buscaba las piedras más idóneas, las que menos esfuerzo me requerían. Comparaba todo esto con mi vida y cada paso que daba me servía de enseñanza. Así es la vida, llena de piedras en el camino y en la marcha vamos aprendiendo a sortearlas.



El muro de Pusharo es una pared natural de piedra, de gran altura, en cuya superficie hay petroglifos denominados con el mismo nombre. Lo que más llama la atención son unas caritas grabadas dentro de corazones, por algo en el mapa del Paititi se lee:



“CORAZON DEL CORAZON  
TIERRA IN DIA DEL PAITITI  
A CUYAS GENTES SE LLAMA IN  
DIOS  
TODOS LOS REINOS LIMITAN CON  
EL  
PERO EL NO LIMITA CON  
NINGUNO”

El misionero dominico Vicente de Cenitagoya lo mencionó por primera vez en 1921.



En la expedición del 2005, los petroglifos estaban a ras del suelo. Los expedicionarios tenían que ponerse de cuclillas para sacarse fotografías. Delante del muro había un pedazo de selva de varios metros de anchura que lo protegía. Luego había una playa que lo separaba del río Palotoa el que fluía por el lado derecho bordeando otro muro de piedra. Esta descripción es según la filmación de Panchito Sosa. Actualmente el río se ha dividido en tres brazos. Un brazo ha arrasado con toda la selva que protegía al muro quedando los primeros petroglifos por lo menos a dos metros de altura. Con esto han aparecido otros petroglifos que antes estaban cubiertos por la tierra. Por donde fluía el río ha quedado una playa cubierta de piedras que fue el lugar donde instalamos nuestro campamento.



En relación al muro de Pusharo, voy a contarles una historia.

En Santo Domingo de los Colorados, la ciudad donde crecí, me enteré por esas casualidades que los indios Tsáchilas organizarían una ceremonia para curar a la Madre Tierra. Vendrían chamanes de varios países: México, Hawai, de nuestra amazonía, de Centroamérica, entre ellos ancianos mayas. Escuché que estarían presentes Pieles Rojas, Cherokees y de inmediato sentí que debía participar en esa ceremonia y contactarme con alguien de Estados Unidos. Fuimos varias mujeres del grupo Rahma de esa ciudad, mis entrañables amigas Daysi y Janeth.

Yo vivo en Quito y desde allí a Santo Domingo son tres horas de viaje. En el camino, en mis 58 años de vida nunca había visto una explosión de mariposas amarillas que parecían hojitas volando al viento. Lo curioso es que se arremolinaban sólo en la vía.

-¿Qué está sucediendo?- pensaba yo -¿A quién esperan?-. No sabía que detrás venían los buses con toda la comitiva de chamanes.



Conocí a Pequeño Gavilán, un Cherokee con el que de inmediato sentí una conexión muy especial. No sé por qué al acercarme a él le dije simplemente – Voy al Paititi-. Me miró y sin decir nada sacó unas plumas de su bolsita de yute y me las entregó. - Estas dos son para que cures a las personas, - y otro manojito de plumas negras con rayas blancas- - Éstas son para curar a la Madre Tierra, llévalas a donde vas. En ese lugar verás cosas extrañas- Luego me confirmó –Yo me contacto con ellos, me han curado del cáncer. Durante el viaje tuve problemas de salud y me dijeron que me aparte del grupo a un lugar solitario. Allí vinieron muchas naves, me irradiaron y se fueron-.

Contactándose con el espíritu de sus ancestros nos realizó una curación y limpieza energética. Allí me dijo – Mira bien dónde pisas, será una serpiente o un alacrán. Lleva una prenda de color naranja, a este animal no le gusta ese color. Los pájaros te avisarán- No me especificó dónde encontraría a este animal, de todas maneras decidí pintar mis polainas de color naranja fosforescente, (son unas prendas que se ponen sobre los zapatos y que llegan hasta las rodillas a manera de protección para que no entre lodo ni piedrecitas en los zapatos).



Un mes después, con un nativo Tsáchila, mis sobrinos y amigos del grupo Rahma, nos adentramos a la selva. Nunca permito que mis sobrinitos caminen delante, pero esta vez sentí que debía ser así.

Nos acercamos a un árbol gigantesco donde nuestro amigo Tsáchila deseaba explicarnos las propiedades curativas de su corteza cuando de pronto mi sobrina grita – ¡Miren allí, una culebra;- A dos metros de distancia, en el camino, estaba una terrible serpiente **equis**, la más venenosa que existe. La cabeza era del tamaño de un puño cerrado. Al verla no sentí miedo, más bien respeto. Decidimos no molestarla y retroceder.



Esa prenda a manera de botas fosforescentes que tengo durante mi travesía en el Paititi, son las polainas a las que ya no era necesario llevar de color naranja porque en ese lugar estábamos absolutamente protegidos. Pero claro, ya estaban bien pintadas y no había manera de sacarles ese color

Vale anotar que en el segundo día de estadía en el muro de Pusharo realicé una ceremonia para curar a la Madre Tierra, justamente con las plumas que me diera mi amigo Cherokee. Me dirigí a los cuatro puntos cardinales pidiendo por la limpieza de todas las aguas del planeta. Por la regeneración e interdependencia ecológica. Por la salud absoluta y relativa de todos los seres vivos, ahora y siempre. Oré para que se detenga la tala indiscriminada de los bosques y sobre todo para que los glaciares ya no se destruyan.



En mis continuas escaladas a los nevados ecuatorianos, he podido observar con mucha tristeza cómo va retrocediendo el hielo de sus faldas. Ya no se puede admirar como antes a esos colosos de nieve adornando nuestros paisajes de la serranía. Ahora son tristes reflejos de la otrora imponentes y majestuosos guardianes de las alturas.



A cada uno de nosotros Sixto le pidió traer una flor para la ceremonia en el muro. En las cercanías sólo pintaba el paisaje de morado una hermosa planta que sobresalía de una pared de roca. Tenía flores de cinco pétalos, ¡Exactamente como las flores que había dibujado Marcia con la Dama de Luz! Este hermoso dibujo lo realizó previo a nuestro arribo a Pusharo.



Luego de concluidas las diferentes ceremonias realizadas tanto por Sixto como por Argenis, nos acercamos al muro, colocando nuestra frente y nuestras manos sobre el musgo fresco que lo

recubría. De pronto siento que bajo mis manos el muro comienza a moverse, mejor dicho a latir. Lo sentí tan claramente que me asusté. ¿Qué misterio encierran estos símbolos?, ¿Qué tratan de decirnos? Eso es justamente lo que de hoy en adelante debemos tratar de descifrar y simplemente recordar...

Pararse frente al muro es de por sí una experiencia maravillosa.

En la primera noche en Pusharo realizamos una meditación y durante ella vimos cómo una nave que se dirigía hacia la Base Azul, se detiene y empieza a hacernos señales, por lo menos más de siete, luego continuó su camino. Sentimos una gran alegría al saber que estábamos siendo apoyados por nuestros Hermanos Mayores del espacio.

¡Y pensar que estábamos tan cerca de la Base Azul!

Recordaba las comunicaciones de los Guías que decían...

***La esperanza que vuestro mundo y Humanidad necesita se encuentra en el Amor que vemos en el interior de vuestros corazones, allí donde todo es puro, allí donde todo es Amor, allí donde yace vuestra Esencia de Amor que es Dios en vosotros.***

***Adelante misioneros, actúen siempre desde el corazón, irradiando Amor a vuestro alrededor.***

***Desde la Base Azul en el Alto Paititi,***

***ANTAREL y SORDAZ. (22-07-09, Punta de Rieles, Montevideo – Uruguay)***

A mis amigas les encanta escuchar las historias de mis aventuras. En cualquier reunión se sientan a mi lado para enterarse de los últimos acontecimientos. Rosa Elvira es una señora de bastante edad que no cree en la existencia de vida en otros planetas, pero a pesar de eso siempre está pendiente de mis relatos.

-¿Cuándo me traes una prueba de la existencia de los Marcianos?- me dice a menudo.

Esta vez cuando vi pasar la nave a considerable altura me acordé de los requerimientos de mi apreciada amiga y pensé para mis adentros. -“¿Y ahora, qué prueba le llevaré a Rosa Elvira? Para no alargarles la historia, Nimer Obregón, justamente con la cámara de fotos que le había prestado captó la nave que apareció a nuestro regreso del Paititi, en el muro de Pusharo. Hasta parece que la nave se detuvo para que le sacaran esa foto, ya que en la siguiente toma se ve cómo empieza a girar. Se le nota claramente el color y la forma.¡ Sólo faltaba que aparezca el año de fabricación¡.

Otro amigo, con una cámara de fotos igual de pequeña, filmó por largo rato el desplazamiento de la nave.

Lo repito. Este es el lugar de hacer y desear y yo deseaba una prueba de la existencia de los Hermanos del Cosmos. ¡Gracias amigos del espacio!

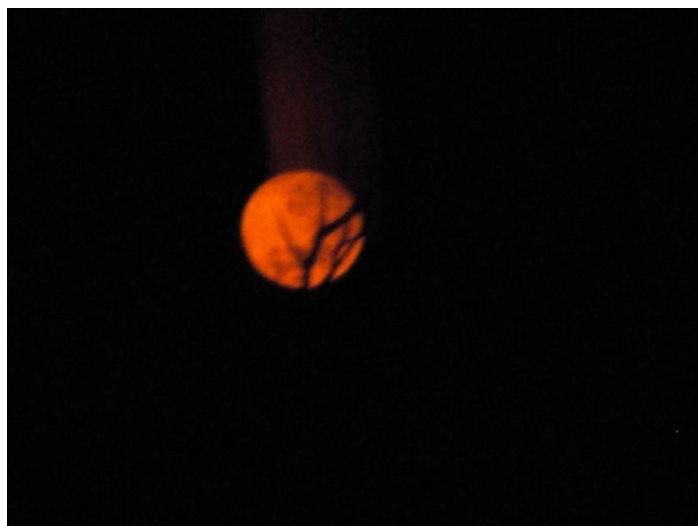
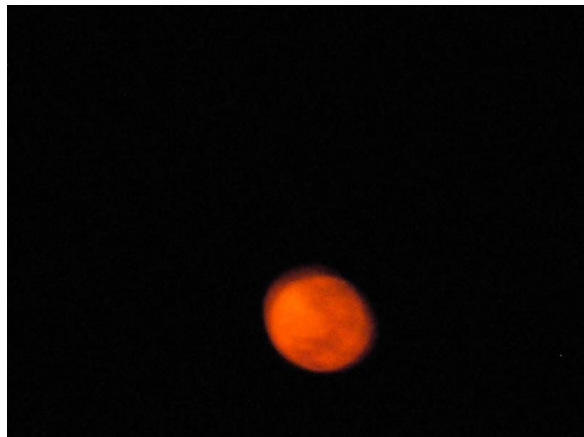


Foto tomada con una cámara Nikon coolpix L5. Con un lente de 6.3-31.4mm 1:29-50



(En esta secuencia se aprecia cómo se detiene y luego empieza a girar)

Más parece que el personaje de todas mis historias es Nimer Obregón, pero sucede que estuvo un tiempo bastante largo viviendo en Ecuador con su linda familia. De todos los expedicionarios es a él a quien más conocía y realmente las historias se dieron así.

(Fotos de Daniel Lage)



Nimer llevaba una mochila grande y pesada, llena de mosquetones, arneses, cordinos, yumer y toda esta jerga que los andinistas utilizan para describir herramientas que sirven para la escalada de montañas. Son mayormente objetos de acero y muy pesados.

Aprovechando de un momento de descanso, decidimos practicar con las cuerdas en la parte más ancha del río. Teníamos que hacer un simulacro de una travesía en aguas profundas y corrientosas. Pero claro, allí ya no habían árboles, sólo rocas donde teníamos que tensar la cuerda.

De repente se asoma Sixto y nos dice que él va a ser la persona a la que teníamos que ayudar a cruzar el río. En ese momento me puse nerviosa y se me olvidaron los nudos y todas las maravillas que había aprendido con mi amigo andinista.

Después de muchas tentativas logramos tensar la cuerda y amarrar al arnés de Sixto una cuerda delgada que lo mantendría atado a la principal en caso de soltar sus manos. A eso le llamamos “línea de vida”.

Cuando estaba ya en la parte más profunda, se me ocurre decirle que se suelte y se deje arrastrar por la corriente para que vea que el método es seguro. Cuando de pronto vemos aterrados que no podía pararse y empezaba a atragantarse con el agua. Ni siquiera la línea de vida lo detuvo. Gracias a Dios que posteriormente no tuvimos que usar ninguna cuerda para cruzar el río.



Para el viaje al Paititi me había comprado un par de zapatos especiales para caminata pesada y otro par que se secaban rápido al mojarse. En fin probaba y reprobaba todo calzado que se sintiera pesado al contacto con el agua. Sabía que atravesaría ríos y selva. Producto de tantos experimentos me compré unos zapatos de una marca que nunca había conocido pero que los sentía fuertes y livianos. Al tercer día de haber llegado a Pusharo veo con gran desesperación que la suela empieza a despegarse. ¡Qué momento tan terrible! ¿Cómo podía continuar si recién había empezado el viaje? En ese momento mi mente comenzó a trabajar a cien por hora. Miraba quién podía prestarme zapatos. Llegó la mujer de uno de los Machiguengas y le pedí prestadas sus botas, también le pedí a este noble descendiente de los Incas que de ser necesario me prestara también sus zapatos. Al finalizar el día ya contaba con cuatro pares de zapatos, entre ellos los de Marcia y Argenis.

Sin su invaluable ayuda no hubiera podido cruzar el Mecanto. A mis queridas amigas les agradezco de corazón por haber hecho posible la culminación de ésta, mi gran aventura.

Cuando estábamos llegando a Pusharo, Miguel el Machiguenga dijo que los nuevos teníamos que sintonizarnos con la naturaleza. Yo creo que ya casi estábamos sintonizados con ella.

Sé que cuando los animales captan la armonía que irradian las personas simplemente no atacan.

Pero los mosquitos eran la excepción y no respetaban armonía alguna.

Eso lo comprobamos durante nuestra travesía por la selva.

(Foto de Daniel Lage)



Después de Pusharo sólo nos acompañarían Miguel, de la etnia Machiguenga, y Calixto de la etnia Huachipaire. Cuando Oscar, el jefe de los Machiguengas se despidió le dijo a Miguel- Déjalos en Pusharo- a lo que Miguel respondió – Ellos no se van a quedar en Pusharo, van a pasar más allá del Mecanto- El sintió que debía acompañarnos.



Miguel



Calixto

Hasta hace algunos años los Machiguengas tenían temor de atravesar el cañón del Mecanto, decían que allí habitan los “Paco-Pacuris, o los hombres vestidos de blanco, los que lo saben todo”. Un nombre legendario que se da a supuestos silvícolas que según la tradición estarían encargados de cuidar las ruinas perdidas de la selva. Seres de gran estatura, constitución atlética y rasgos finos que de vez en cuando asomaban por esos lugares.

En el libro “Paititi, en la bruma de la historia” del doctor Carlos Neuenschwander Landa, avezado explorador en busca de la ciudad perdida de los Incas, quien por varias ocasiones sobrevoló la meseta del Pantiacolla en helicópteros de la fuerza aérea peruana; se cita la experiencia del Mayor José Carreón Ortiz, quien le narró al autor de su experiencia en uno de sus viajes por la selva.

“Llegué una tarde, me dijo, acompañado de un ordenanza, que conocía la zona, a unas chozas en la vertiente opuesta a los orígenes del río Puncuyoc, prácticamente sobre el valle de San Miguel, y tuve que pernoctar allí. Al amanecer, mirando por la puerta de la choza, en la difusa claridad con que empezaba el día, observé, con incredulidad, una gigantesca silueta de mujer. Al principio pensé que era efecto de mi estado todavía soñoliento y por eso, me incorporé y avancé hasta la puerta comprobando que no se trataba de una ilusión. Salí de la choza y me aproximé a la mujer, la que, desde su estatura, de aproximadamente un metro ochenta centímetros, me miraba a través de sus grandes ojos oblicuos. Tenía la nariz aguileña y los rasgos finos. Estaba envuelta en una larga túnica de color marrón claro. Me quedé contemplándola por un momento sin atinar a decir nada, cuando, saliendo de un matorral cercano, apareció la figura de un hombre, más alto aún, que al parecer la llamó en un idioma que no era el quechua. Ambos se reunieron y de inmediato desaparecieron entre los matorrales. Sólo entonces salió de una de las otras cabañas, el dueño de ellas, explicándome que los extraños visitantes eran Paco-Pacuris y que, de cuando en cuando, llegaban hasta su choza para pedirle sal. -Son muy fieros y hay que complacerles- puntualizó.”

Al comienzo del viaje, antes de partir a nuestra aventura, Miguel el Machiguenga nos dijo que sabía que íbamos a venir porque no se veían relámpagos en la montaña.

Muchas expediciones habían fracasado anteriormente ya que la naturaleza cierra el paso a los que simplemente no deben ingresar. Se desatan violentas tempestades con vientos y truenos pavorosos, aumentando de tal manera el caudal de los ríos que arrastran todo y haciendo imposible cualquier intento de penetrar en el cañón a los que se atreven a continuar desafiando su fuerza.

Cuando recibimos la invitación de la Hermandad Blanca de los Retiros Interiores se nos dijo - “la Naturaleza se les abrirá”-.

Campamento  
En Pusharo



Estando en Pusharo vimos, especialmente en la mañana cómo una nube muy blanca salía del cañón del Mecanto, a veces formando figuras. Incluso se vio la forma de un corazón.



Sentíamos que era una invitación tácita de la Dama de Luz o la Dama de Ávalos, guardiana del lugar, la que da el aval para acceder a él.

Existen muchas leyendas sobre este ser de luz, pero luego entenderíamos que ella no era otra cosa que el espíritu planetario al que de hoy en adelante debíamos preservar y cuidar celosamente para que pase intacto con nuestra amada Merla en este gran salto dimensional que está previsto para diciembre del 2012. Desde ya sentimos que nuevas armonías están viendo la luz, pero esta transición no será de un día para otro y tendrá que salvar numerosos escollos.

El día 12 nos internamos en el cañón del Mecanto. Llegó el tan esperado momento de comenzar a pisar tierras propiamente de la Hermandad Blanca.

Si, realmente estábamos ingresando en un territorio prohibido, controlado por la Hermandad Blanca, llamado Paititi. Donde sólo se puede entrar con su invitación y a través del corazón. Esto es lo que trataban de decirnos los rostros de corazón impresos en el muro.



Al adentrarnos en el río para cruzarlo por primera vez, sentimos la fuerza del agua aunque no nos llegaba ni a la cintura.

Teníamos que agarrarnos entre todos de las manos para no caer. El peso de la mochila dificultaba el mantenernos de pie y más aún sintiendo que íbamos contra la corriente



A pocos metros, el río chocaba de lleno contra una pared de roca donde claramente se veía que se había formado una cavidad taladrada por el agua con el paso de los años. Si resbalábamos hubiésemos sido arrastrados por la corriente hacia ese hueco sin tener opción de salir vivos.

Al internarnos en el Cañón del Mecanto todo cambiaba. Se formaba un microclima muy agradable. La energía también cambiaba. Los mosquitos ya poco nos molestaban.

De vez en cuando alzaba la mirada y sentía un sobrecogimiento al observar los muros altísimos del gran cañón. Si el río aumentara su caudal en forma inesperada, sencillamente no habría escapatoria.

Los árboles crecían en esas paredes de roca sujetándose unos a otros, entrelazando sus raíces para no caerse.

Se veía un verdadero equilibrio entre la vida mineral, animal y vegetal  
¡Cuánta sabiduría y sencillez!

Ahora somos inquilinos de una casa llamada Planeta Tierra que un día habremos de devolver intacta, por lo menos en el mismo estado en que se nos entregó, o incluso más bella.



Las piedras eran gigantescas y de formas bellísimas. El sólo mirarlas nos hacía olvidar el cansancio que sentíamos al tener que trepar sobre ellas cargando las mochilas tan pesadas.

Es en ese momento cuando necesité de la fuerza de mis piernas y de los músculos que había formado. Subía y bajaba sin mucho esfuerzo. Incluso a veces me paraba en lugares difíciles para sacar cuidadosamente mi cámara fotográfica de las tantas fundas de plástico, para poder plasmar tamaña hermosura que ante mis ojos se desplegaba.

Iba casi siempre detrás de los guías Machiguengas para tener más tiempo de capturar la belleza de este paisaje. – Caminas rápido- me decían.

Ahora es cuando empezaba a comprender por qué mis instructores en el aspecto físico se habían concentrado en tal o cual músculo. Sobre todo en los de la espalda que soportó una mochila de por lo menos 20 kilos.

Se habían repartido equitativamente las provisiones de alimentos. Bueno, las mujeres llevábamos un poquito menos que los hombres. Y qué decir de los hombres, tenían que cargar unas tremendas mochilas donde llevaban las carpas, alimentos, medicinas y otras cosas que sumaban más de 30 kilos.

-¡Qué belleza Dios Mío;- sólo atinaba a decir.



Antes de Pusharo y todo el trayecto después del cañón, la caminata es mayormente a orillas de los ríos, primero el Palotoa y luego el Sinkibenia. Se aprovecha de las playas llenas de piedras que han quedado producto de la bajada del caudal de éstos ríos. Es decir que el 99% de la caminata la realizamos sobre piedras. Saltando sobre ellas con las mochilas pesadas y sintiendo un gran alivio cuando encontrábamos unos pedacitos de playa cubierta de arena.



Cuando la playa de un lado del río se terminaba, teníamos que cruzar al otro lado para aprovechar el espacio de playa que aún quedaba. En una jornada cruzamos el mismo río por lo menos durante 20 ocasiones en un día. Caminábamos de siete a ocho horas diarias, mojados por el agua del río de la cintura hacia abajo y bañados de sudor de la cintura hacia arriba, por el esfuerzo físico que realizábamos.

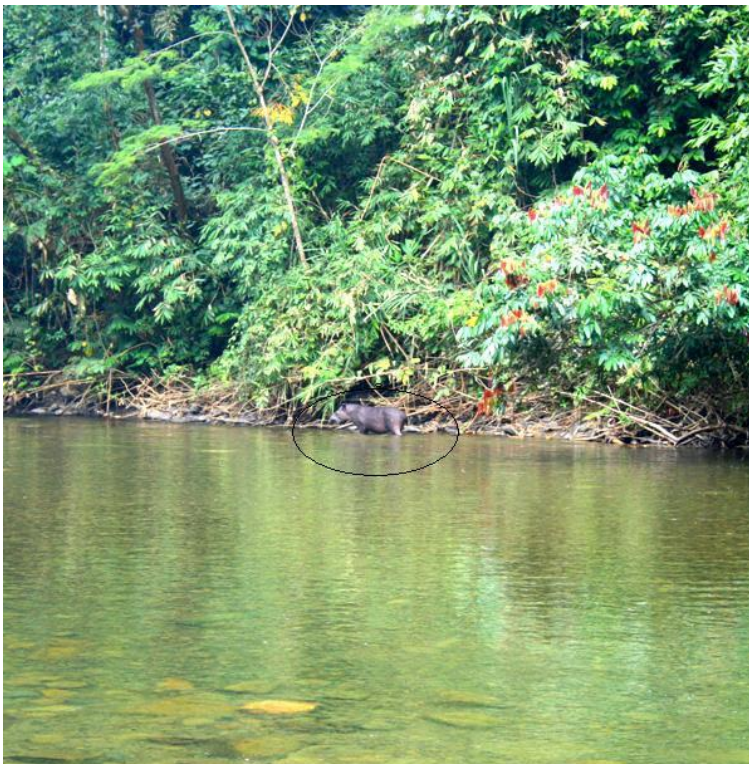


**AQUÍ PUEDE VERSE, SIN ATAJOS,  
EL COLOR DEL CANTO DE LOS PÁJAROS INVISIBLES**



Las piedras rosadas del Paititi

De Pusharo a Paititi habremos recorrido unos 80 kilómetros, tan sólo de ida, y caminando mayormente sobre piedras. En total, de ida y vuelta, calculamos unos 250 kilómetros desde Salvación.



A las 6 de la tarde, llegamos al primer campamento que lo denominamos “campamento de la Sachavaca” (es el tapir sudamericano) lo llamamos así porque vimos un hermoso ejemplar, tan grande como un caballo, bañándose plácidamente cerca de allí.

Yo creo que para este animalito pertenecíamos a otras dimensiones, más aún con las mochilas en la espalda que nos daban un aspecto fuera de este lugar.

Nos quedaba mirando como pensando -¿De dónde salieron estos seres?-



El arroyo que estaba cerca del campamento se llamaba Chiroquí, bautizado así por los Machiguengas. En este lugar podíamos poner nombre a todo lo que veíamos, ya que pocos se habían osado recorrerlo. Cualquier cosa que encontráramos era, ya de por sí, un descubrimiento sin precedentes.



Nosotros somos vegetarianos y respetaríamos a todo ser vivo

Pudimos saborear los platanitos verdes que crecían en forma silvestre -los que agregamos a la crema de espárragos. Nuestros amigos Miguel y Calixto, enterraron en la arena los plátanos sobrantes, de tal manera que a nuestro regreso estuvieran ya maduros.



¿Dónde están todos los peces? A través del agua cristalina no divisaba mucha fauna marina, más de pronto me llamó la atención observar a Miguel acercarse sigilosamente al río, armado con su arco y flecha.

Conforme avanzaba iba arqueando su cuerpo más y más y sus pisadas se

semejaban a las de un otorongo. Cuando de pronto disparó su flecha y luego se lanzó al agua para agarrar su presa. Era un pez, que suele estar inmóvil sobre el lecho del río. Medía por lo menos 50 centímetros y en más de una ocasión me hizo asustar, cuando al caminar en la corriente salía nadando a toda velocidad para que no lo pisara.

Por primera vez se detectaron huellas de los “no contactados”. Huellas de pies, cuyos dedos eran extremadamente abiertos como para sujetarse de los árboles y rocas. Miguel y Calixto estaban realmente preocupados porque no sabían si eran amigables u hostiles.



En los días subsiguientes encontramos restos de fogatas y en una de ellas restos (lo que quedaba) de un animal sacrificado. Parece que para dormir preparaban un pequeño refugio con techo de hojas. Se veía que no disponían de herramientas modernas, como machetes.

Según las huellas, habían llegado hasta Pusharo y desde allí se habían regresado.

Iban siempre delante de nosotros.



Precisamente hace pocos días, salió un artículo en el diario El Comercio de Quito, sobre el descubrimiento en la Reserva del Yasuní de la Amazonía ecuatoriana, referente a asentamientos indios fuera de la zona intangible. Se levantó la voz de alarma ya que fueron encontrados tres cuerpos atravesados por lanzas y atacados por 15 indígenas, supuestamente de pueblos en aislamiento voluntario. Estas personas, suelen señalar sus lugares de cacería con hojas amarradas, que las esparcen a lo largo de los caminos, como señal de advertencia para que nadie se acerque.

En los últimos meses, en la Amazonía ecuatoriana, tres pueblos ocultos fueron identificados; gente desnuda que no desea el contacto con la civilización, ¡Y en pleno siglo de la era espacial! Se han preparado cartillas educativas que serán repartidas en sitios donde se ha detectado la presencia de los “no contactados” y explican qué hacer si se da un encuentro con ellos: Se recomienda: “Deténgase, evite realizar movimientos bruscos y guarde silencio, evite dialogar, interactuar o llamar la atención mediante sonidos u otras señales; levante las manos mostrándolas abiertas, en señal de no agresión. Si las personas se retiran, no perseguirlas y esperar hasta perderlas de vista”.

Pero yo sentía que en el Paititi, ellos nos iban abriendo el camino.



Ya los mosquitos casi ni nos molestaban. Estábamos en medio de una selva inhóspita, lejos de todo, hasta de cualquier ayuda. A días de camino del poblado más cercano.

Sólo nos guiaba la fe de ser ayudados por nuestros Hermanos Mayores, la Hermandad Blanca y la Dama de Luz. Tratando de ser dignos de la misión que se nos había encomendado y dando todo de nuestra parte para el cumplimiento del Gran Plan. Sintiendo a nuestros Hermanos de Misión que estaban irradiándonos y orando por nosotros.

En un momento, sentí claramente a mis Hermanos ecuatorianos y creo que me trasladé mentalmente donde ellos se encontraban. Tal era la ayuda a nivel energético que se sentía, sin límites ni en el espacio ni en el tiempo. Doy las gracias a todos mis amigos que me ayudaron a sobreponerme en los momentos más difíciles.



Para tratar de acortar el camino, tuvimos que internarnos en la selva, aunque por corto tiempo. Calixto, iba abriéndonos un sendero con su machete cortando la tupida maleza.

¡Miren bien por donde pisan!  
¡Cuidado al agarrar las ramas que pueden haber serpientes! Eran las órdenes que escuchábamos.

Nos hundíamos en el fango con cada paso que dábamos.

Debíamos sortear hojas de ortiga y plantas espinosas. Más de un expedicionario se cayó de bruces, al enredarse su pie con las lianas que cubrían el camino.

De pronto, me llamó la atención un árbol cubierto de hormigas que habitaban debajo de la corteza. Nos explicaron que las hormigas cuidan del árbol y éste a su vez les proporciona refugio.

Si los humanos interactuáramos como lo hacen las plantas y los animales en la selva, viviríamos en un paraíso.

El viernes 13 de agosto, luego de 7 horas de caminata, instalamos nuestro cuarto campamento en una parte relativamente alta, en medio del río grande y otro riachuelo pequeño, que no significaba ningún peligro. La ropa mojada siempre tratábamos de secarla, aunque al día siguiente, a los pocos minutos, tendríamos que atravesar el río nuevamente. ¡Qué ironía! Lo más importante era tratar de mantener una mudada de ropa seca, para dormir.

En la madrugada empezó a llover copiosamente y el campamento se puso en peligro. El pequeño riachuelo, llamado Quitaquitia, había crecido y amenazaba con inundar una de las carpas. Algo andaba mal. Inmediatamente Argenis, Marcia y yo, empacamos nuestras cosas y nos pusimos los pantalones y zapatos mojados e impermeables y nos dispusimos a salir para participar en las mantralizaciones, que nuestros Hermanos ya habían iniciado.